





Los Cuadernos  
del Tlacuache  
Publicaciones ENAH



*Fragmentos de historia desde la arquitectura.*  
*(Calimaya, Estado de México, en el volcán Xinantécatl)*

Margarita Loera Chávez y Peniche<sup>1</sup>

México 2017

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA



 **INAH**

 **ENAH**

---

<sup>1</sup>. Doctora en Historia por la Universidad Iberoamericana. Investigadora de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, coordinadora del Proyecto Eje Conservación del Patrimonio Cultural y Ecológico en los Volcanes y de la Línea de Investigación Historia del Campesinado en México en el Posgrado de Historia y Etnohistoria de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, miembro del Sistema Nacional de Investigadores y cronista municipal de Calimaya, Estado de México, en el volcán Nevado de Toluca o Xinantécatl



Primera edición: 2017

D.R. © 2017 Instituto Nacional de Antropología e Historia  
Córdoba 45, colonia Roma, 06700 México, D.F.  
sub\_fomento.cncpbs@inah.gob.mx  
Escuela Nacional de Antropología e Historia  
Periférico Sur y Zapote s/n, col. Isidro Fabela, Tlalpan, 14030 México, D.F.

Colección: Los Cuadernos del Tlacuache  
Departamento de Publicaciones ENAH  
Diseño y cuidado editorial: Euriel Hernández Peña  
Formación y diseño de interiores: Constanza Hernández Careaga

ISBN: 978-607-484-955-4

Hecho e impreso en México





## *Reconocimientos*

Este estudio forma parte de las actividades del Proyecto Eje de Investigación, Estudio, Conservación y Restauración del Patrimonio Cultural en los Volcanes, adscrito a la Escuela Nacional de Antropología e Historia, con la colaboración de la Dirección de Estudios Históricos. Extiendo mi gratitud y reconocimiento a sus directores, la maestra Julieta Valle y el maestro Luis Barjau. Se trata de un proyecto de carácter multidisciplinario que atiende la investigación en Arqueología, Lingüística, Antropologías Social y Física, Etnología, Historia y Etnohistorias, disciplinas en las que se especializan los programas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia; pero es también prioridad del mismo, la formación de cuadros profesionales especialistas en estas disciplinas pero para el alta montaña, la difusión científica y la dirigida a públicos generales y la búsqueda de impacto comunitario en los lugares en donde se trabaja. Estos dos últimos aspectos constituyen la finalidad de estas páginas cuyo contenido está dividido en dos partes. En la primera se hace una reflexión respecto a que hay que abundar más en el impacto histórico que tuvo el uso de la fuerza de trabajo india en la edificación arquitectónica de pueblos y ciudades después de la conquista hispana, y en la segunda, se intenta recobrar fragmentos importantes de la historia de Calimaya, municipio asentado en las laderas del volcán Nevado de Toluca o Xinantécatl, a partir del estudio de su arquitectura. Mi responsabilidad conjunta como Cronista Municipal del sitio desde hace más de treinta años, me obliga siempre a volver mi mirada a él, con objeto de entregar constantemente alguna aportación cultural a sus habitantes. Esto sin desatender el interés que el tema pueda ofrecer a todo tipo de lector y a la realización de otras investigaciones registradas como parte de mi actividad en el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Agradezco el apoyo que siempre me han brindado los integrantes del Proyecto Eje mencionado, especialmente el doctor Stanislaw Iwaniszewski y el maestro Ricardo Cabrera con quienes comparto las responsabilidades de dirección de nuestro amplio programa, en su caso, sobre todo en materia de Arqueología, formación de cuadros profesionales con el dominio

del montañismo y preparación de actividades académicas como son el Seminario Permanente de Antropología y Clima, que se lleva a cabo en la Dirección de Estudios Históricos mensualmente, y la Semana anual de Antropología de la montaña que este año cumple su onceava edición. Jamás puedo dejar de mencionar al maestro Ramsés Hernández con quien siempre voy de la mano en todo lo correspondiente a los trabajos de Antropología Social e Historia y que en este caso, en concreto, me ayudó en todo lo relacionado con el material fotográfico que se presenta. En mi querida Calimaya el apoyo del C. Armando Levi Torres Aranguren, Presidente Municipal Constitucional, del profesor Leopoldo A. Hernández San Juan, director de Desarrollo Educativo y Cultural y del C. Noé Reyes Tarango, coordinador de Turismo, es siempre un aliciente.

### *A manera de introducción*

El propósito de este estudio, es reconocer aspectos de la historia del municipio de Calimaya, ubicado en el volcán Xinantécatl o Nevado de Toluca desde el estudio de la arquitectura. Para ello es importante recordar en primer lugar la cualidad del monumento arquitectónico como documento histórico, en segundo, enfatizar que en el proceso de reconstrucción de la historia mexicana, es importante, sobre todo para la época virreinal, abundar más en lo determinante que fue tanto a nivel macrohistórico como microhistórico, el papel que tuvo la fuerza de trabajo indígena en la construcción de la obra arquitectónica y de la ingeniería.<sup>2</sup> Y por último, se hará un recuento de las edificaciones más importantes, especialmente las del templo parroquial. Con ello pretendemos hacer un acercamiento a uno de sus elementos de identidad más significativos: su arquitectura.<sup>3</sup> No es gratuito el que Calimaya significa en náhuatl “lugar donde se construyen casas”, “donde hay albañiles”. Previamente, es menester acercarnos como antecedente, a los elementos fundamentales que conforman la vida presente y pasada de los pueblos de origen prehispánico. Fue a partir de 1560 cuando se inició la política masiva de congregación de indios en pueblos urbanizados a la usanza española que se selló de manera definitiva la aceptación del programa de hispanización.

<sup>2</sup>. Hacemos énfasis en el Virreinato sobre la mano de obra india, pues en el caso de los poblados que vamos a tratar hubo un proceso de mestizaje a finales de este periodo y entonces el legado de origen mesoamericano se empezó a manifestar en menor grado en las construcciones, aunque obvio no se perdió del todo.

<sup>3</sup>. Se trata de un municipio integrado además de por la cabecera de Calimaya de Díaz Gonzáles, por los pueblos de la Concepción Coatipac, San Bartolito Tlaltelolco, San Andrés Ocotlán, San Diego la Huerta, San Lorenzo Cuauhtenco, San Marcos de la Cruz, Santa María Nativitas Tarimoro y Zaragoza de Guadalupe y pertenece al distrito de Tenango del Valle. Su historia se remonta a la época prehispánica y el modelo de vida campesino con sus diferentes cambios a lo largo del tiempo, le ha acompañado en forma permanente hasta el presente. Algunas partes del contenido de este trabajo fueron publicadas en Margarita Loera, *Memoria India en Templos Cristianos*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes e Instituto Nacional de Antropología, 2005 y en *La sierra Nevada de Calimaya*. Sus tiempos y espacios, INAH-ENAH, 2011.



Con ello, dentro de las llamadas “repúblicas de indios” el cambio abarcó la vida colectiva, la familiar y la individual en muchos aspectos. Así en el contexto de esta estructura, que si bien implicó un fuerte resquebrajamiento del orden antiguo, el indio reconstruyó su mundo apoyado en la memoria de viejos arquetipos mesoamericanos transformados o expresados en formas híbridas resultantes de la imposición española.

Los templos de los pueblos de indios, fueron desde entonces paralelamente, el símbolo de la evangelización, así como el sitio donde a partir de la figura de los santos patronos, sus habitantes desarrollaron una organización de ocupaciones o “cargos” de carácter jerárquico, que abarcaban la esfera cívica y la religiosa. A partir de aquí, se impactaron las formas de organización política, el cuidado del territorio, el uso de los recursos naturales, la reproducción del ciclo de la vida humana y de la naturaleza en el calendario anual de actividades religiosas. Éste encubría los ciclos agrícolas impregnados de formas culturales de raigambre prehispánica y las formas concretas de identidad de cada pueblo y etnia, reforzados también por la memoria ancestral. Que mejor entonces que dejar en los templos donde se desarrollaba toda esa actividad, mensajes dirigidos a los miembros de la comunidad y de las futuras generaciones para que en el recuerdo de sus orígenes lucharan por su identidad. Recordar los orígenes no era entonces algo superficial, era un asunto ligado con la vida de los pueblos que tenía una lógica vigente y el registro de esa memoria con sus nuevas modalidades de corte mestizo, cobró fuerza desde el momento en que los pueblos de indios fueron congregados.

*“... a partir de la conquista lo que vivieron los indígenas fue un rompimiento continuo e inexorable con su pasado. El proceso que iniciaron los frailes con la extirpación de la antigua idolatría y la imposición del cristianismo lo complementaron las congregaciones de los pueblos, porque en esas reducciones el antiguo pasado fortalecedor y revitalizador fue progresivamente cortado del presente, y en su lugar se asentó una nueva situación social y cultural en la que se combinaron restos de ese pasado con las tradiciones y costumbres europeas. En las congregaciones se forjó una nueva identidad social alrededor de las tierras comunales y de la iglesia cristiana que se levantó en el centro del pueblo.”<sup>4</sup>*

Por lo anterior es obvio que sin desconocer los mensajes de los habitantes de los pueblos, es determinante en las construcciones el señalamiento del mundo hegemónico. Esto significa que no podemos entender la historia y la

<sup>4</sup> Enrique Florescano, *Memoria Mexicana. Ensayo sobre la reconstrucción del pasado: época prehispánica-1821*, México, Contrapuntos, 1987, p. 158.

estructura de los pueblos de origen prehispánico en forma aislada.

Es necesario ubicarlos como parte activa y funcional de un sistema mayor del que definitivamente formaban parte. Por eso el quehacer de reconstrucción microhistórico, debe tomar en cuenta esta realidad.

Es decir, el pueblo funge como una cobija o como una madre que acoge frente al mundo externo y otorga ese sentido de dignidad que tan fácilmente se pierde al entrar en contacto con el mundo dominante. En este vivir cotidiano el pasado y los ancestros tienen una autoridad definitiva que regula el presente, porque al mismo tiempo que se revive el origen se es capaz de incorporar a su lógica interna las innovaciones externas más recientes.

La lucha por la sobrevivencia es un proceso de larga duración, pero siempre va acompañado de formas nuevas para adaptarse no sólo a los cambios sino hasta catástrofes ecológicas. El desgaste progresivo sin embargo, siempre está acompañado del temor de la extinción frente a los movimientos macro históricos. Una reflexión sobre ello podría llevar a suponer un utópico final a siglos enteros de explotación, pero más que ello a la pérdida de una gran acumulación de experiencia, memoria y de cultura. O de otra manera la desaparición de estas sociedades micro, étnicas o campesinas, podría constituir al fin de cuentas, “un acto final de eliminación”, que entre otras muchas formas puede evitarse reconstruyendo en forma específica cada una de sus historias. La arquitectura que los constituye es sin lugar a dudas uno de los caminos. Para ello es necesario considerar dos cuestiones. Primero respecto a la arquitectura como documento histórico, es importante reconocer su característica de fuente mutable, pues al estudiarla recorriendo el tiempo, se puede observar los cambios que le fueron impresos en ese transcurrir. Segundo, es determinante entender el camino para la reconstrucción de la historia micro de una manera profesional.

Se ha hablado mucho sobre esto último, pues las dificultades que representa son todo un reto. Es por ejemplo indispensable, la aplicación múltiple de concepciones sobre las dos coordenadas básicas de la ciencia histórica: el tiempo y el espacio y el comprender que el contenido cultural de su identidad no se explica aisladamente sino a partir de sus mecanismos de interacción con los otros y la selección de estrategias teóricas y técnicas que ayuden de manera selectiva y profesional a interiorizarse en lo ajeno. Hace ya tiempo, el microhistoriador por excelencia, Don Luis González y González, en su libro *Invitación a la Microhistoria*, cuando habla de la historia de poblados

pequeños lo hace así:

*“La patria chica es la realización de la grande, es la unidad tribal culturalmente autónoma y económicamente autosuficiente, es el pueblo entendido como un conjunto de familias ligadas al suelo, es la ciudad menuda en la que todavía los vecinos se reconocen entre sí, es el barrio de la urbe con gente agrupada a una parroquia o espiritualmente unida de alguna manera, es la colonia de inmigrados a la gran ciudad, es la nación minúscula [...], es el gremio, el monasterio y la hacienda, es el pequeño mundo de relaciones sin intermediario. El tiempo y los tiempos de la microhistoria también tienen su particularidad. Un estudioso de la nación o del mundo, pocas veces se interesa por el origen, la vida total y el término de una nación; acota generalmente un trozo del principio, del medio o del fin. Un micro historiador rara vez deja de partir de los tiempos más remotos, recorrerlo todo, y pararse en el presente de su pequeño mundo. El asunto de la microhistoria suele ser de espacio angosto y de tiempo largo, y de ritmo muy lento. De otra manera: los tiempos microhistóricos son el larguísimo y pachorrudo de la geografía y el nada violento de la costumbre.”*<sup>5</sup>

En lo que se refiere a la vida interna de la comunidad o del pueblo hemos compartido criterios con Luis Gonzáles, al enfrentarnos a la tarea de realizar la historia; acaso sobre la cuestión del tiempo hemos agregado que para las comunidades campesinas indígenas y las mestizas de origen prehispánico el tiempo cíclico también es de uso común. Sobre la cuestión de que las entidades microhistóricas son unidades económica y culturalmente autosuficientes, creemos, que en esa obra, dicho autor no reconoce en tal afirmación, esa otra parte de la historia pueblerina en la que hemos insistido tanto. Es decir, en el que es necesario ubicar el análisis micro desde una perspectiva, que tome en cuenta el contexto de las sociedades mayores en las que a lo largo de sus historias los pueblos han estado enmarcados. Desde esta óptica, cuando enfocamos lo económico, debemos considerar que aunque la producción familiar para la subsistencia de los poblados campesinos y la organización de la economía comunitaria que le es complementaria, son parte de una manera de equilibrar los recursos hacia el interior de las comunidades, desde el siglo XVI por lo menos, (y para no entrar al periodo precolombino por ahora), los trabajadores locales siempre resultarán agentes productivos orientados a la producción de excedentes en beneficio de las sociedades macro de las que han formado parte. Por otro lado, aunque es innegable que conservan rasgos de personalidad cultural y de identidad particulares, de manera muy especial en las localidades de origen étnico diferente al de la sociedad mayor, no dejan de ser conducidas hegemónicamente desde el punto de vista político, jurídico e ideológico externo, o sea el macro. Este ingrediente dual para la reconstrucción de la historia micro, otorga una explicación para el habitante local, que le saca de su pequeño mundo, pero que si logra captarlo redundará en un beneficio de su concien-

<sup>5</sup> Luis González y González, *Invitación a la Microhistoria*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, pp. 27-28.

cia social y ayuda a que el acto de pervivencia por el que a diario trabaja, resulte más consiente y dirigido.

Empero reconocemos que este criterio es un asunto al fin de cuentas relacionado con el ¿para qué de la Historia? Y que en la respuesta a tal pregunta, la elección de elaborar el relato cotidiano en forma literaria y aduciendo a cuestiones exclusivamente de índole local, como lo asienta González y González, es totalmente un camino válido y no carente de seriedad.

Sin embargo, en nuestra forma de reconstrucción microhistórica, coincidimos de una manera más nítida con el historiador John Berger, cuando al explicar las dificultades que enfrentó al escribir su obra titulada *Puerta tierra*, nos dice lo siguiente:

*“la vida de un pueblo, como algo diferente a sus atributos físicos y geográficos, es la suma de todas las relaciones sociales y personales que existen en él más las relaciones sociales y económicas —normalmente opresivas— que lo vinculan al resto del mundo. Pero se podría decir algo semejante de las grandes ciudades. Lo que hace diferente la vida de un pueblo es que este es también un retrato vivo de sí mismo, un retrato comunal, en cuanto que todos son retratados y retratistas. Al igual que en las tallas de los capiteles románicos, existe una identidad de espíritu entre lo que se muestra y el modo de mostrarlo; como si los esculpidos y los escultores fueran las mismas personas. Pero sin embargo, el retrato que cada pueblo hace de sí mismo..., está construido con palabras vividas y recordadas: con opiniones, historias, relatos de testigos presenciales, leyendas comentarios y rumores. Es un retrato continuo, nunca se deja de trabajar en él.”<sup>6</sup>*

Por eso pensamos que la arquitectura de los pueblos es una mezcla de todo lo antes dicho. Representa sin lugar a dudas y en forma contundente su identidad local, pero también su situación de ser y haber sido parte de una estructura mayor. Son en síntesis parte de un mundo hegemónico en cada momento histórico en que se edificaron, pero son también un reflejo claro de ese retrato micro en que el habitante trabaja y puede captar fácilmente, pues es parte de su memoria y subconsciente colectivo. Es este camino en síntesis, en el que entendemos las construcciones cuando recorremos los inmuebles del municipio de Calimaya, resguardadas siempre por la silueta monumental del Nevado de Toluca.

---

<sup>6</sup> John Berger, *Puerta tierra*, España, Alaguara, 2006, p. 22.

### ***La necesidad de abordar el estudio de participación del indio en la arquitectura virreinal***

A pesar de que el Virreinato, ha sido una de las épocas de la historia de México más estudiadas, hay aspectos fundamentales en él, que aún se encuentran en la oscuridad. Por ejemplo, se ha estudiado muy a fondo la mortalidad de la población india a causa de la guerra de conquista española, de sus efectos económicos y psicológicos y de la cantidad de virus traídos a lo que hoy es América por los europeos. Se ha trabajado a la vez con atención las formas de imposición de las estructuras hispanas sobre las indias en aspectos como la evangelización y la cultura en todos los órdenes, la esclavitud, la encomienda, las congregaciones, la redistribución del espacio productivo, la historiografía, la organización jurídico política, la construcción de la infraestructura material, etcétera. Sin embargo en el campo concreto de la ingeniería y la arquitectura, a pesar de que hay una gran cantidad de estudios, poco es lo que se ha trabajado sobre varios aspectos. Uno de ellos es el impacto social y existencial que el esfuerzo de su edificación causó en la población india.

Apenas estudios como los de Constantino Reyes Valerio, han empezado a medir la cuestión y las cifras que nos ofrece al respecto son realmente impresionantes. Verbigracia, refiriéndose exclusivamente a la aplicación de cal y arena para recubrimiento del convento de Acolman, considera el autor que dado que el inmueble tiene 10,000 metros cuadrados a cubrirse, fueron necesarios 62 toneladas de cal y el doble o triple de arena; para transportar todo ese material, suponiendo que cada hombre haya cargado solamente 23 kilos, fueron necesarios 10,781 viajes desde el lugar donde se encontraban las materias primas hasta el de la construcción. Una cantidad similar calcula el escritor para el convento de Teotihuacán, y en una tabla donde analiza solamente 25 conventos, piensa que fueron necesarios 225,385 viajes.<sup>7</sup>

Partiendo de los datos anteriores y de que la historia de la arquitectura del siglo XVI, nos habla de una verdadera fiebre constructiva,<sup>8</sup> podemos creer que aquellos viejos muros parecen proyectar al visitante de hoy, las enormes

<sup>7</sup>. Constantino Reyes Valerio, *El pintor de conventos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1989, p.18.

<sup>8</sup>. John McAndrew, *The open air churches of sixteenth century*, Mexico, Massachusetts, Harvard University Press, 1965, pp. 62-68.

caravanas de indios sudorosos que kilómetro a kilómetro iban trasladando sobre sus espaldas las pesadas piedras, que a veces, antes habían demolido de sus propios templos, para llevarlas al sitio de construcción que les indicaban sus dominadores. Que en el trayecto era común verlos caer inertes por el cansancio, la fatiga y la desmoralización, y que una hipótesis que aún queda por comprobar, pero que no debe dejarse de lado, es que el trabajo de la arquitectura y la ingeniería del primer siglo del Virreinato, fue una de las actividades que más vidas cobró a la desolada población conquistada.

La Audiencia de México indicaba que para 1531 había en la Nueva España 20 monasterios construidos; que para 1541, había 45 y que para 1550 había 160.<sup>9</sup> Por su parte Motolinía hablando solamente de los templos cristianos, indica que para 1540 había 500 iglesias o capillas y 1000 contando las de barrios y pueblos de visitas. 400 estaban ubicadas en las cabeceras de Texcoco, Tlalmanalco, Tenayuca y Zempoala.<sup>10</sup> Había que pensar que además de esta fiebre constructiva religiosa, los indios también se dieron a la tarea de edificar toda la infraestructura de ciudades, pueblos, zonas mineras, caminos, acueductos, etcétera.

Otro aspecto sobre el que también hay que abundar más entre los indios y la arquitectura, es la influencia que las técnicas constructivas precolombinas tuvieron en ella. Como bien afirma McAndrew, antes de 1541 no se dio en la Nueva España un núcleo estilístico definido. Y es que considerando lo que tantos autores han comprobado, en el sentido de que entre los primeros colonizadores no hubo prácticamente arquitectos, resulta obvio que los religiosos que se ocuparon de las tareas de edificación buscaban más que el refinamiento de técnicas constructivas, el cumplimiento de fines sociales específicos. Para lograrlo recurrieron a la memoria de lo que habían visto en Europa o, si acaso, copiaron formas del Viejo Mundo en algunas ilustraciones o libros.<sup>11</sup>

Fray Juan de Zumárraga en sus cartas al rey de España, se quejaba de la falta de profesionales, pero al mismo tiempo afirmaba que ello no fue un obstáculo para impedir la proliferación constructiva que cobró auge desde 1530, aproximadamente.<sup>12</sup> La llegada de profesionales, que vino a definir los estilos arquitectónicos de la primera centuria virreinal, como bien demuestra

<sup>9</sup>. *Ibidem*.

<sup>10</sup> Fray Toribio de Benavente o Motolinía, *Historia de los Indios de la Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1971, p. 202.

<sup>11</sup>. MacAndrew, op. cit., p. 141 y George Kubler, *La Arquitectura mexicana del siglo XVI*, México, Biblioteca de la Corporación Universitaria, A. C., 1975, p. 52.

<sup>12</sup>. Kubler, *op. cit.*, p. 50.

Kubler fue después de 1550.<sup>13</sup>

De lo anterior, podíamos suponer que las grandes moles arquitectónicas y de ingeniería como la hidráulica, al principio se habían logrado consolidar gracias al conocimiento prehispánico en materia constructiva. Aunque todavía no se ha realizado un estudio concreto sobre el asunto, varios hechos permiten afirmarlo. No hay que olvidar que las enormes cuadrillas de trabajadores indios para el efecto, solían ir comandadas por capas cultas de las sociedades prehispánicas, como fue la cuadrilla de 20,000 indios que Ixtli-xóchitl comandó junto con otros miembros de la nobleza texcocana para iniciar los trabajos de la Catedral de México, o los miles de indios oriundos de lugares especializados en la construcción, como lo registran documentos del Archivo General de la Nación, que se dirigieron durante todo el siglo XVI a la atención de esta materia tanto en la urbe capital del virreinato como de centros mineros y focos de desarrollo político y económico que más interesaron a los españoles.<sup>14</sup>

El uso del adobe, y el tejamanil, así como los muchos muros que más parecen recordar el acomodo de las piedras de una pirámide que de una iglesia, como sería por citar solamente un caso, los laterales de varios de los templos de Calimaya en los que se observa perfectamente el uso de piedras en forma cúbica, característico del periodo prehispánico, con rejoneado con pedacería de piedras en las juntas; la presencia del barro en la obra de ingeniería hidráulica del Valle de México y del de Toluca, tan bien detectada por Ángel Palerm y Teresa Rojas;<sup>15</sup> o las formas de organización social del trabajo indio de corte totalmente prehispánico como fue la presencia de los expertos de Calimaya en las obras de desecación del Valle de México, o la gran obra de construcción del acueducto del Padre Tembleque, que hizo a fray Toribio de Benavente o Motolinía, ver como acto divino lo que en realidad fue obra de los habitantes autóctonos. Son estos testimonios que permiten observar, que si bien no había arquitectos e ingenieros entre los españoles de los primeros tiempos, sí los había entre los indios y que ello pudo haber permitido la consolidación de la gran obra constructiva del primer siglo virreinal que tanto llama la atención.<sup>16</sup> Es por ello determinan-

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 55.

<sup>14</sup> Véase para el caso del territorio que hoy conforma el Estado de México, Margarita Loera Chávez y Peniche, *Murmullos de antiguos muros*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Instituto Mexiquense de Cultura, 1994, pp. 54-56.

<sup>15</sup> Véase Teresa Rojas, et al., *Nuevas noticias sobre las obras hidráulicas prehispánicas y coloniales del Valle de México*, México, Secretaría de Educación Pública e Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1974.

<sup>16</sup> Margarita Loera Chávez y Peniche, *op. cit.*, p. 61, *Apud.*, Alain Musset, "El acueducto de Zempoala: las respuestas de Fray Francisco de Tembleque", *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos*, número 19, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, pp. 81-96.

te abundar mucho más en la cuestión.

Por otro lado, basados en la explicación que hace Motolinía en 1540, respecto a que en las edificaciones religiosas del siglo XVI fue común el uso de material de demolición de los templos prehispánicos, no sólo de piedras, sino inclusive de “ídolos”,<sup>17</sup> los estudiosos del tema, han dado poca importancia al hecho de que los indios pudieran haber utilizado este camino para plasmar sus propios testimonios y creencias. Acaso como queriendo gritar que el triunfo del cristianismo sobre su propia cosmovisión no era tan real.

Solamente así podemos comprender la gran cantidad de evidencias a este respecto. En muchas iglesias, como la de Tepetlixpa, Amecameca y en algunas partes de Calimaya por ejemplo, donde las piezas prehispánicas, “los ídolos”, están ubicados en sitios tan visibles que casi parecen hablar de las creencias profundas de quienes los colocaron. En otras, su escondite en puntos estratégicos, revela más el dolor, la ruptura psicológica y una actitud de resistencia clandestina por parte de los indios. Recordamos aquí, el gran Tonatiuh que en 1870 fue encontrado bajo el altar de Cuautitlán, que a propósito hoy se encuentra perdido, o las piezas precolombinas encontradas en el siglo XX detrás del altar mayor de la iglesia de Xalatlaco.<sup>18</sup>

Lo cierto es que esta costumbre trascendió incluso al último siglo virreinal, lo vemos así en la base del reloj que se encuentra en la plaza de Calimaya construido a principios del siglo XX, al igual que en muchos otros sitios del valle de México donde hemos observado esta costumbre hasta el presente, tal es el caso por ejemplo de una cruz de camino encontrada en Cuijingo, municipio de Juchitepec del siglo XXI donde el culto al maíz está incorporado a la misma.

¿Cuáles de todas esas piezas y las muchas más que podemos encontrar, están allí porque fueron colocadas con una firme intención por parte de los indios o por los habitantes de los pueblos de origen prehispánico, y cuáles lo están por lo que explica Motolinía? Es algo sobre lo que aún debemos profundizar. Todavía hay que estudiar los tantos casos de construcciones donde se encuentran piezas prehispánicas y hasta escritos en náhuatl en el alfabeto latino sobre los muros.

Por lo pronto, Jacinto de la Serna, apoya nuestra hipótesis en el sentido

<sup>17</sup>. Motolinía, *op. cit.*, p. 202.

<sup>18</sup>. Información proporcionada por el Licenciado Alberto Fragoso y por el profesor Donaciano Vargas, cronistas municipales de Cuautitlán y Xalatlaco, respectivamente.



de que la colocación de piezas prehispánicas o de herencia prehispánica en las construcciones virreinales tuvo en muchos casos, una clara intencionalidad por parte de los indios desde los primeros años de la ocupación española y continuó después de la congregación de ellos en pueblos urbanizados a la usanza española, como se percibe en el siguiente texto:

*“También veneran la Sierra Nevada o bolcan [...] donde iban de ordinario a sacrificar, y a los demás montes altos, donde tenían sus Cues antiguos, sanos y bien tratados: también hacían sacrificios en los principales manantiales de aguas, Ríos, y lagunas, porque también veneraban el agua, y la invocan cuando hazen sus sementeras o las cogen: cuando hazen copal, o la cal, o otra cosa, pidiendo a sus dioses socorro, y ayuda, y para todas estas cosas les ayudaba mucho el aver puesto muchos de estos ídolos en la Iglesia Catedral, y en otras casas para adornarlas, y lo que se hizo casualmente así por fortaleza de los edificios, y casas y por ornato de las calles, que también los avia en ellas, tomó de ay el Demonio motivo para mayor engaño de ellos, y para que dixessen, que sus Dioses eran tan fuertes, que los ponían por cimientos y vasas del templo; y los que estan en los remates de las casas, y por las calles, es para que todo lo conserven, donde idolatrabán, y les decían sus invocaciones, como se supo de algunos Indios, que fue Dios servido, se convirtiesen y manifestasen esta idolatría, que hacían en estos ídolos.  
Por todo lo cual pareció total remedio lo de las Juntas o congregaciones de los Pueblos como se hizo, de que resultaron tan conocidos inconvenientes... Y congregados se truxeron consigo a sus casas y sus pueblos, y a las mismas iglesias sus ídolos... y los pusieron allí de industria para honrarlos [...]”*<sup>19</sup>

### ***Recorrido por las construcciones históricas más importantes en el municipio de Calimaya***

Observando los monumentos históricos más relevantes del municipio de Calimaya podemos ir encontrando fragmentos de esa historia diaria que desde el interior de los poblados, tejen sus habitantes en el día a día. Sin embargo, como ya, asentamos esa mirada microhistórica siempre estará enmarcada en los contextos de las estructuras macros o dominantes que signaron los diferentes tiempos de la historia mexicana.

Obviamente la edificación más importante que conserva la municipalidad no sólo para su historia local, sino también como un registro significativo a nivel del patrimonio del Estado de México y naturalmente del nacional es el conjunto de edificaciones ubicadas en torno a su templo parroquial en la cabecera de Calimaya de Díaz González. Para acceder a los distintos mensajes que nos dice este conjunto constructivo se debe considerar además

<sup>19</sup>. Jacinto de la Serna, *Supersticiones, dioses, ritos, hechicerías y otras costumbres gentílicas de las razas aborígenes de México, México*, Imprenta del Museo Nacional, 1892, pp. 68-71.

de la fuente arquitectónica, la fuente escrita sobre la misma, la que ha legado al respecto la tradición oral, los vestigios que sobre su ornamentación hacen llamado tanto a las influencias macrohistóricas, como a los mensajes de origen mesoamericano que los habitantes dejaron en algunas partes y por supuesto hasta lo que significa el culto anual que se lleva a cabo en el interior del templo, que está ligado al ciclo del agua y por ende de la naturaleza y de la agricultura.

Antes de adentrarnos a la reflexión de lo antes dicho, es importante aludir a la relación que el hombre de origen prehispánico sostuvo con su entorno natural del que se consideraba parte inherente, y en especial a la figura de la montaña, ya que los poblados de la municipalidad están asentados en la ladera oriental de uno de los más importantes volcanes que visten al territorio mexicano: el Xinantécatl o Nevado de Toluca. En general en las sociedades mesoamericanas, pero de forma muy especial las asentadas en las cercanías de los volcanes, practicaban rituales vinculados a “deidades” o mejor a fuerzas de la naturaleza que residían allí y a las que solicitaban lluvias y buenos temporales, para la reproducción adecuada del entorno natural, en general, y sobre todo de las actividades agrícolas, ligadas principalmente al maíz y también a la recolección de los productos lacustres en las partes bajas del valle irrigadas por el volcán y en las partes altas a los beneficios de su biodiversidad tan rica y propia del entorno.

En ese contexto, la montaña era vista como un gran templo que protegía y proporcionaba el agua. Se pensaba que había una conexión subterránea entre las cuevas de las montañas y el mar. Las altas cimas, como el Xinantécatl y otras montañas importantes se miraban como depósitos de agua; los manantiales que fluían de sus cuevas eran brazos de mar cuya función consistía en la irrigación del paisaje en general y de los campos de cultivo en particular. Por esa razón, y como herencia de aquellos tiempos, se ha venerado a las montañas al igual que a los ríos y a los lagos originados por ellas, generando un culto acuático que se mira en los templos y en la actividad ceremonial que desde el Virreinato subyace detrás de la figura de los santos. Esto se explica aún más debido a que el 60% de lo que hoy es nuestro territorio está constituido por montañas. Podemos entonces imaginar lo que eso significaba para los pueblos asentados en las laderas de un volcán como era el caso de Calimaya. Imposible omitir entonces que durante el Virreinato uno de los nombres con los que se aludía al Nevado de Toluca, era “Sierra Nevada de Calimaya”.

La organización de sitios sagrados y templos para el culto correspondía con el hecho de que las montañas funcionaban como marcadores calendáricos, por lo que los solsticios, equinoccios y pasos cenitales eran fundamentales para la organización del ciclo sagrado, el cual ha ido de la mano con el ritual encaminado a coadyuvar con las fuerzas de la naturaleza el equilibrio de la marcha del cosmos y su impacto en la agricultura y la reproducción general de la vida incluyendo por supuesto al humano. Todo esto se puede palpar en la orientación de cada uno de los templos que conformaban el paisaje sagrado y que explican la orientación coincidente entre los templos católicos y los puntos de culto de origen prehispánico existentes en paisaje sagrado del volcán. Así el *altépetl* (cerro-agua) constituía un eje central en la cultura de nuestros ancestrales pueblos y su impacto posterior no dejó de ser muy trascendente. Incluso habría que señalar la emulación de los templos (tanto prehispánicos como católicos) con la montaña. Su estructura era vista como está última y su interior podría mirarse como el *Tlalocan*, paraíso sagrado donde *Tláloc* y sus ayudantes los *Tlaloques*, propiciaban las aguas para la abundancia y la vida. En este sentido ya en el Virreinato los calendarios católicos y los agrícolas que subyacían al culto de los santos eran una de las vías por la que el hombre se unía al medio ambiente como resultado de una sabiduría ancestral de carácter biocultural.

Ahora bien, el concepto *altépetl*, dado su relevante impacto en la cosmovisión,<sup>20</sup> ha tenido una importancia mucho más amplia de lo que denota, tanto el vocablo náhuatl (cerro-agua), como el glifo que lo escenifica: un cerro del que brota agua. Se trata en realidad de todo un pensamiento que llegó a ser dominante en el mundo mesoamericano y entre sus rasgos más sobresalientes está incluso el representar una estructura piramidal de poder, una jerarquía señorial encabezada por un *tlatoani* (cacique en el Virreinato) del que dependía un grupo social determinado, adscrito a un territorio y, por último era a la par el templo, el *teocalli* (casa de Dios), sitio de ritual e imagen de la cosmovisión. En otras palabras era un espacio sagrado y profano, donde se sintetizaba “el todo social en movimiento” del grupo que constituía cada *altépetl*.

James Lockhart, uno de los estudiosos más destacados de este tipo de unidades poblacionales, ha probado la forma como en el Virreinato sobrevivieron al conservar la integridad de sus componentes. Las define

<sup>20</sup> Johanna Broda, nos dice en “Cosmovisión y observación de la naturaleza: el ejemplo del culto a los cerros” en Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Lucrecia Maupome, *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica*, México, IIH-UNAM, 1991, pp. 462-491, que la cosmovisión “es la visión estructurada en la cual los antiguos mesoamericanos combinaban de manera coherente sus nociones sobre el medio ambiente en que vivían y sobre el cosmos en el que situaban la vida del hombre [...] el fundamento de la cosmovisión en el medio ambiente y su interacción con él le daba legitimidad a la religión...”

como un estado étnico, una entidad soberana o potencialmente soberana a la que los españoles llamaron pueblo.<sup>21</sup>

En el Virreinato, y pervive hasta el presente en el templo católico, como es el caso muy concreto del templo parroquial de Calimaya, desde el punto de vista físico este podría evocar un cerro colocado en el centro del pueblo, y en su interior, si seguimos el ritual anual, podemos observar que este sigue el culto del agua que hace que los frutos de la tierra permitan la sobrevivencia del entorno y por tanto de la agricultura. Proponemos entonces que ese sitio donde se realiza una importante actividad de culto que cubre además en su compleja actividad profana, podríamos detectar todos los componentes de lo que fue un *altépetl*.

La propuesta no deja de ser pretenciosa, sin embargo además de Lockhart, otros autores han hecho comparaciones entre el templo cristiano y el *altépetl*, Verbigracia, Eleanor Wake trata el asunto para la primera centuria virreinal y al respecto nos dice lo siguiente:

*“Concuerdo con Lockart en que el simbolismo socio-político del altépetl se mantuvo en el edificio de la iglesia. El sistema cabecera-sujeto, modelado por los españoles sobre la antigua estructura jerárquica, contribuyó a que el concepto altépetl sobreviviera en la mente de los indígenas.”*<sup>22</sup>

Siguiendo la importancia que en la historia de Calimaya ha tenido el templo parroquial, bajo la advocación de San Pedro y San Pablo, podríamos decir, que aunque en la actualidad no hay una actitud consciente al respecto, si hubo en el Virreinato una vinculación con el concepto en forma general del *altépetl* y de alguna manera lo sigue habiendo en tanto que pervive el ciclo del culto. Wake hablando en forma general de México dice al respecto:

*“Dadas las asociaciones conceptuales entre la montaña y la pirámide, parece evidente que el altépetl, como determinante territorial, político simbolizado en el templo pirámide de cada ciudad o pueblo, tomó sus orígenes en un pasado remoto cuando los primeros núcleos permanentes se establecieron. Cada comunidad de agricultores primitivos habría dirigido su atención a una o más montañas de su localidad donde los nubarrones amontonados, los manantiales subterráneos, y los lagos se reconocían como fuente esencial de agua para cada comunidad, y por tanto, su razón de ser. La sagrada montaña de agua con su seno vivificante se reproducía en el teocalli (casa de Dios, templo) como el foco central religioso de los pueblos que de modo creciente dependían de la labor agrícola para sustentar la vida sedentaria [...]”*<sup>23</sup>

<sup>21</sup> James Lockhart, “Capital and Province, Spaniard and Indian: The example of Late Sixteenth-Century”, en Ida Altman y James Lockhart (eds.), *Provinces of Early Mexico; Variants of Spanish American Regional Evolution*, United State, UCLA, 1976.

<sup>22</sup> Eleanor Wake, “El *altépetl* cristiano: percepción indígena de las iglesias de México, siglo XVI”, en Constanza Vega Sosa (coord.), *Códices y documentos sobre México, siglo XVI*, México Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000, pp. 467-484.

<sup>23</sup> Wake, *op. cit.*, pp. 470-471.

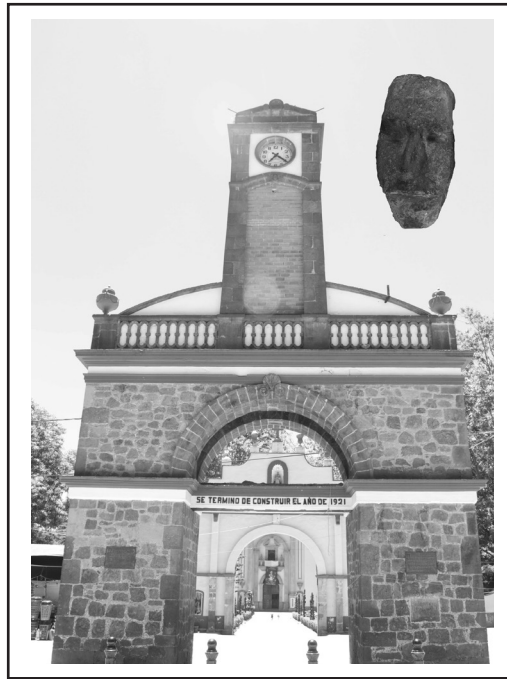
En nuestro caso de estudio el templo parroquial de Calimaya, proponemos por sus alineaciones con los puntos sagrados del paisaje sagrado,<sup>24</sup> que la montaña obviamente era el Nevado de Toluca y que los santos que en el interior de su templo se erigían sobre el resto de los santos de sus pueblos sujetos eran San Pedro y San Pablo. Siguiendo los calendarios de culto a los santos registrados en el Archivo Parroquial de este templo,<sup>25</sup> algunos mensajes dejados sobre su edificación arquitectónica y la tradición oral de los que iremos hablando podemos insistir en nuestra propuesta. En principio, lo apunta el calendario religioso, que iniciaba e inicia a principios de febrero con la bendición de las semillas para la siembra y continua siguiendo los ritmos de las veintenas rituales de origen prehispánico hasta que concluye la cuaresma, para luego entrar en el proceso de la solicitud del agua, en especial el tres de mayo con las ceremonias a la montaña en las que se vestía y se viste a las santas cruces desde los pueblos hasta las laderas y cráter del volcán, y concluye en noviembre con la recolección de la cosecha que se compartía con los ancestros hacia el dos de noviembre, “día de muertos”. El ritual a la montaña en el templo podemos verlo en el largo transcurrir del tiempo, por ejemplo, en los elementos decorativos del “*Tequitqui*” o mejor del “arte indocristiano” en el que se aprecian elementos acuáticos y de flora lugareña.<sup>26</sup>

<sup>24</sup> Práctica de campo realizada con el apoyo de Ramsés Hernández Lucas en junio de 2015.

<sup>25</sup> Sobre todo en los libros de cofradías y en el Directorio Parroquial del siglo XVIII. Sobre ello hemos escrito ya en otros trabajos. Véase Margarita Loera Chávez y Peniche, *Memoria india en templos cristianos*, México, INAH, 2006.

<sup>26</sup> En realidad el estilo “Tequitqui”, es la palabra con la cual José Moreno Villa en su libro *La Escultura Colonial Mexicana, el Colegio de México*, 1942, calificó a aquellas edificaciones en que se mezcla lo europeo con lo indio. Con la designación el autor trata de encontrar un término similar al “Mudéjar” porque en España los árabes, al igual que en América los indios, fueron como tributarios, los artífices de una obra que si bien fue dirigida desde el criterio español, resultó manifestar modelos culturales muy específicos. En cuanto al “Tequitqui” se trata de una palabra náhuatl que refiere el trabajo del “tequio” o tributo, en este caso respecto a las faenas en la construcción de los pueblos de indios virreinales.

El “Tequitqui”, entonces hace referencia a un estilo ornamental que se basó en el estudio de las construcciones del siglo XVI y cuya característica es la exaltación de elementos impuestos por los indios que hacen referencia a sus culturas prehispánicas y se observan en el contexto de los elementos de corte occidental. Nosotros proponemos que en realidad estas características se siguen observando, en ciertos casos, en lo construido por los indios o habitantes de los poblados de origen prehispánico en los dos siglos siguientes de dominio hispano y en algunos casos, incluso, después el término empezó a ser utilizado de manera generalizada por especialistas, por ejemplo, de la talla de Elisa Vargas Lugo, en *Las portadas religiosas en México*, IIE, UNAM, 1986. Con el tiempo no obstante se empezó a generar una polémica al respecto que en el fondo esconde la imposibilidad de otorgar similitud estética y estructural entre lo que se designa como “Tequitqui” con el estilo “Mudéjar”. Como solución al problema Constantino Reyes Valerio en su obra *Arte Indocristiano. Escultura del siglo XVI*, México, INAH, 1989, ha propuesto el término “Indocristiano” al considerar que este explica la verdadera naturaleza del término al que nos estamos refiriendo; en tanto que de un lado es indio y del otro es cristiano. Asunto en el que estamos de acuerdo y pensamos que puede aplicarse no sólo a lo edificado en el siglo XVI, sino a toda aquella obra virreinal o incluso posterior en la que aparezcan ambas influencias.



Xipe Tótec ubicado frente al templo parroquial de Calimaya en el reloj de la plaza central.  
Fotografía de Ramsés Hernández, junio de 2015.

La etapa de preparación del cultivo de la tierra que como dijimos se extendía desde febrero hasta el final de la cuaresma incluía la evocación “cambio de piel de la tierra” (culto mesoamericano a Xipe Tótec) marcado por el equinoccio de primavera cuando la tierra presenta su mayor calentamiento y se prepara para el florecimiento de la vida y el inicio del ciclo agrícola con trabajos especiales en las milpas y en los templos de toda la región encontramos expresiones al respecto como es la costumbre de colgar naranjas y luego pelarlas para enterrar la piel en los campos de cultivo, como evocando al desollamiento que por las mismas fechas se hacía en dominado por los mexicas.<sup>27</sup>

<sup>27</sup>. La temporalidad ritual que va del dos de febrero al tres de mayo en los calendarios rituales, y en los que se prepara la milpa para el cultivo del maíz y se solicita también el equilibrio de las aguas con las celebraciones del tres de mayo a las cruces de las montañas, de los templos, cruces de caminos y de templos familiares, en la época prehispánica incluía la secuencia de varias veintenas rituales: *Atlahualo*, *Tlacaxipehualiztli*, *Huey Tōzoꝑomtlī*, y *Tōxcatl*. En *Tlacaxipehualiztli* se marcaba el equinoccio de primavera y al final de la veintena se hacía “el sacrificio gladiatorio y desollamiento de hombres” dedicado a Xipe Tótec, que evocaba también el desollamiento o cambio de la piel de la tierra propiciado por el mayor calentamiento del ambiente.

Estos actos encubiertos en los rituales católicos tienen un componente de origen mesoamericano que quizá se conservó con mayor nitidez mientras se conservaba la lengua náhuatl en la zona. Prueba de ello en el templo de Calimaya lo tenemos en la incrustación de un Xipe Tótec en la base que soporta la estructura del reloj de la plaza del pueblo y que se edificó al principios del siglo xx (cuando aún entre los campesinos se hablaba náhuatl como algo común), justamente está frente a la puerta de entrada al atrio del conjunto conventual que queda como herencia del siglo xvi y que coincide con la puerta de entrada del templo principal o parroquial.

Otro asunto que observamos en el interior del templo que sucede con el inicio de la cuaresma y de las primeras actividades para preparar la siembra es el que se sube el cráter del volcán a cortar una flor que es característica de ese lugar (“rosas del volcán”) y luego se montan adornos en los distintos altares conformados íntegramente con flora de las laderas. Esto recuerda también una costumbre que en algunos lugares del municipio no se han perdido del todo y es también el subir al cráter por agua que se guarda en jarritos que se entierran en las esquinas de las milpas y una vez que las lluvias benefician se deben regresarse a la laguna del sol con extremo cuidado para que no se derrame y se cauce un desequilibrio en el ciclo del agua. Esto nos indica que la actividad ritual que se propicia entre el volcán y el templo se extiende también a las milpas.

Por lo que respecta a la estructura del conjunto constructivo que acompaña al templo parroquial son muchos los mensajes que nos proporcionan sus muros. En principio a nivel de la historia de la arquitectura este está considerado como una de las joyas más importantes de lo que hoy es el territorio del Estado de México.<sup>28</sup> Varios cronistas e historiadores anotan que la llegada franciscana a Calimaya fue alrededor de la tercera década del siglo xvi. Hay noticias escritas de que en el lugar ya vivían algunos franciscanos que habitaron al principio, igual que sucedió en otras partes de México, en una humilde choza.<sup>29</sup> En ese tiempo Calimaya era visita de Toluca, ahí los frailes solían aprender las lenguas indígenas y posteriormente eran enviados a Calimaya, que después se convirtió en plataforma de expansión evangélica a otras regiones del Valle de Toluca; principalmente las de habla matlatzinca y otomí. Posiblemente entonces se trabajó en una segunda edificación como sitio de vivienda y convento.

<sup>28</sup>. Véase José Rogelio Álvarez Noguera, *El Patrimonio Cultural del Estado de México*, México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1981, p. 136 y Vicente Mendiola Quezada, *Arquitectura del Estado de México, Siglos xvi, xvii, xviii y xix*, México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1982, p. 102.

<sup>29</sup>. McAndrew, *op. cit.*, p. 92.



Imagen católica con rosas y flora volcánica.  
Miércoles de Ceniza de 2015.  
Fotografía proporcionada por Julio Cesar Gómez Hernández.

Cuando hacia la sexta década del siglo XVI, la autoridad hispana realizó la congregación de Calimaya y de Tepemaxalco, se sabe que el padre Mendieta insistió en la traza de un nuevo poblado y en el inicio de su convento y templo.<sup>30</sup> Hoy se conserva la estructura de todo el conjunto menos del convento que no se sabe en qué momento fue demolido. Por Kubler<sup>31</sup> sabemos sin embargo que hacia 1585 éste era “pequeño y muy viejo”, por lo que acaso pensamos pudiera tratarse de aquella supuesta, segunda edificación. Quizá fue después cuando se levantó todo el conjunto, que se hizo otro convento pues fray Alonso de Ponce<sup>32</sup> dice que se trataba de una edificación muy similar a la del convento de Metepec que hoy todavía se puede visitar. Gracias a los vestigios encontrados por el doctor Kubler,<sup>33</sup> y al parecer, igual que otros conventos franciscanos primitivos, estuvo constituido por celdas,

<sup>30</sup>. Véase Loera, *Memoria...*, *op. cit.*, p. 57-65.

<sup>31</sup>. Kubler, *op. cit.*

<sup>32</sup>. Álvarez, *op. cit.*, p. 136

<sup>33</sup>. Kubler, *op. cit.*, p. 453.



refectorio, cocina, despensa, biblioteca y una acequia en donde se recogía el agua de lluvia.

Ahora bien, por lo que todavía podemos observar, el conjunto conventual de Calimaya fue uno de los más complejos y bellos de la región del Valle de Toluca. Durante muchos años conservó la traza original de los edificios franciscanos primitivos, es decir la de tipo fortaleza. A pesar de su sobriedad y sencillez, típica del voto de pobreza de la orden franciscana, tenía una gran monumentalidad; constaba de templo, claustro (con acequia), portería, capilla abierta, bautisterio, capillas posas, cruz atrial, un gran atrio y huerto.

La capilla abierta, es uno de los cinco mejores exponentes de este tipo de construcciones existentes en el Estado de México. Es una verdadera joya arquitectónica. Se trata de una nave rectangular con sólo cuatro arcos pero curiosamente asimétricos, tres son pequeños y el segundo es mayor. La arquivolta de los arcos está moldurada a la manera clásica y descansa en columnas toscano románicas con base y capitel idénticos. Hacia el extremo norte hay una puerta que conducía al desaparecido convento, y en el extremo sur podemos ver la capilla bautisterio con una bella puerta labrada en cantera y con platabanda casi conopial combinada arquivolta circular. En su clave se pueden ver representadas las llagas de Cristo.<sup>34</sup> En la decoración se palpa el “Tequitqui” o “arte indocristiano”, y la pila bautismal destaca por su belleza en la que aún se puede observar pintura antigua. Los muros de la capilla abierta ostentan interesantes frescos representando el martirio de dos niños indígenas. En el fondo todavía puede observarse la silueta del volcán, a pesar de que su restauración no fue muy buena hay maestría en la obra. Al centro en lo que es el altar que está resguardado por una puerta está un retablo del siglo XVIII de gran valor, restaurado alrededor de 1992. Toda esta impactante construcción inicia entre 1560 y 1570, justamente en los años que hubo una conflictiva negativa a la congregación Calimaya y Tepemaxalco. Sin embargo, hacia los fines de siglo cuando ésta ya se había llevado a cabo, sabemos que se continuaba con la construcción del conjunto conventual y que el trabajo debió haber sido costoso y con gran dificultad pues para lograr la última parte, la edificación del templo, se solicitó a las autoridades de la Nueva España que se eximiera a los indios de Calimaya y Tepemaxalco de acudir a cubrir con la obligación del repartimiento forzado para trabajar en las minas de Temascaltepec.<sup>35</sup>

---

Una construcción ubicada al sur de la capilla abierta es la capilla de la

<sup>34</sup> Mendiola, *op. cit.*, p.103.

<sup>35</sup> *Loc. cit.*

Tercera Orden que es una edificación de importancia histórica sin igual. Ésta resulta la edificación más antigua de la localidad. De acuerdo al Catálogo de Monumentos Históricos del Estado de México,<sup>36</sup> su edificación es anterior al año 1540. Podríamos suponer que fue el templo que se construyó en aquellos tiempos cuando los franciscanos llegaron a evangelizar Calimaya y Tepemaxalco, seguramente cuando se cuenta habitaban en una pequeña choza porque no había convento. Obviamente antes de que se congregaran o juntaran a vivir en un solo poblado en 1560. Desde un punto de vista constructivo este templo tiene una puerta chaparra con ancha arquivolta, A cada lado columnas sin un estilo definido y en su ornamentación se adivina la mano de obra india que la edificó. Su decoración es de un sencillo “Tequitqui” o “indocristiano”, con flores del entorno estilizadas en sus jambas y en el interior cuenta con techos de madera o alfarje, ya muy escasos de encontrar en México. Complementa el edificio un reloj de sol y una puerta lateral decorada con los mismos elementos de la puerta principal. Está orientada hacia el cerro de Tepemaxalco y por la historia oral y esta situación podríamos suponer que hacia el sur de esta construcción pudo haber estado el primer asentamiento de Tepemaxalco.



Restos del fresco que aún se puede ver en la capilla abierta de Calimaya. En la parte de arriba se observa el volcán y al parecer remite a un mensaje de la evangelización donde los dioses prehispánicos están proceso de demolición.

Fotografía de Ramsés Hernández, junio de 2015

<sup>36</sup>. *Catálogo Nacional de Monumentos Históricos del Estado de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Gobierno de Estado de México, tomo I, 1987, p. 238.



Esta imagen fue localizada en la Fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia. (FNMH-INAH), MCCLXIX-58. Es muy posible que se trate de una reproducción de la pintura original que se mira en la fotografía anterior. Esta tiene algunos cambios respecto a la anterior. Es muy probable que en alguna primera remodelación se haya sobrepuesto esta pintura a la original y que en la siguiente remodelación se prefirió dejar los restos de lo que aún quedaba del primer fresco pintado durante el Virreinato.

Los relatos orales a este respecto son varios. El primero ligado a la negativa a la unión o congregación de Calimaya con Tepemaxalco. Según José Rogelio Álvarez,<sup>37</sup> la primera advocación del templo de Calimaya fue La Natividad, pero después de la congregación se puso la dualidad de San Pedro y San Pablo. El primero representaba a Calimaya y el segundo a Tepemaxalco. Según cuenta un relato oral que todo el pueblo conoce, un día, nadie dice la fecha, se mandó esculpir en un tronco de árbol bajado de las laderas del volcán las figuras policromadas de los santos mencionado y se colocó el bulto en el centro del altar. Sucedió sin embargo, que cuando entraban al templo los de Tepemaxalco, hacían girar dando la cara a los feligreses la figura de San Pablo y cuando llegaban los de Calimaya giraban al frente la de San Pedro. Tanto giraron los santos, que un fraile determinó tomar un serrucho y separar a los santos y colocarlos a cada uno en un nicho lateral donde hoy se encuentran. La gente dice que si se pasa la mano atrás de las esculturas, que se siente el corte imperfecto del serrucho. También se cuenta que cerca del cerro de Tepemaxalco existía un antiguo templo que se hundió y obviamente se desconoce el lugar exacto. A la vez se narra que los de Tepemaxalco se

<sup>37</sup> *Op. cit.*, p.136.

cansaron de vivir cerca de Calimaya y que un día determinaron irse a vivir cerca de la laguna en lo que hoy es San Lucas Tepemaxalco.<sup>38</sup> Verdad o mentira en este último lugar se cuenta lo siguiente: “Desde niño escuchaba que éramos de Calimaya, que no éramos de aquí, sino de un lado de Calimaya [...] hasta el santo no es original, el original se quedó por allá, porque no era San Lucas, era otro.”<sup>39</sup> Lo cierto es que el nombre de Tepemaxalco desapareció incluso de sus archivos locales después de la Independencia de México, y que el templo de la Tercera Orden nos evoca la historia de la difícil congregación de Calimaya y Tepemaxalco y el impacto que este suceso tuvo en su historia posterior.<sup>40</sup>

El templo principal, como ya lo anotamos, se construyó entre 1592 y 1594;

*“sus proporciones son imponentes, su ábside con torreones le da un aire de fortaleza muy marcado. Su fachada con gran portada y dos torreones de sólo dos cuerpos ya no tiene un estilo definido. Un orden colosal corintio fuera de proporción enmarca una puerta alta y con un arco semi-circular. Un entablamento no muy correcto encima y un balcón central que corresponde al coro. Las torres tienen cierta gracia dentro de su proporción chaparra. Muestran columnillas empotradas y rematan en pequeño chapitel con esfera y cruz. La cúpula ya tiene detalles dieciochescos, es de silueta parabólica, tiene planta poligonal y gajos. Tiene algunos altares del siglo XVII con bellos cuadros al óleo [...]”*<sup>41</sup>

Su remodelación se inició en el siglo XVIII, cuando se secularizó la parroquia, pero fue reconstruido en el siglo XIX, como lo acusa su portada en estilo neoclásico. Un elemento que llama mucho la atención y que recuerda lo dicho por Jacinto de la Serna, respecto a que en el momento de las juntas o congregaciones, los indios de la zona aledaña al Nevado de Toluca se llevaban sus “ídolos” y piezas prehispánicas para colocarlos en los muros de sus casa y templos,<sup>42</sup> es una figurilla puesta en la parte de atrás del templo colocada en la parte que mira hacia el norte. Parece que se trata de una autoridad étnica, quizá la de Calimaya ya que está al lado contrario de lo que parece haber sido la zona de Tepemaxalco. Sabemos por los documentos de tierras (ventas, testamentos y donaciones) que existen en el archivo de la parroquia, que la actividad que se llevaba a cabo en el templo contribuía también entre otras muchas cosas al cuidado de la territorialidad. Por ejemplo, hacia el siglo XVIII lo usual era poner todos los terrenos de los poblados

<sup>38</sup>. Informante, Alfonso Sánchez.

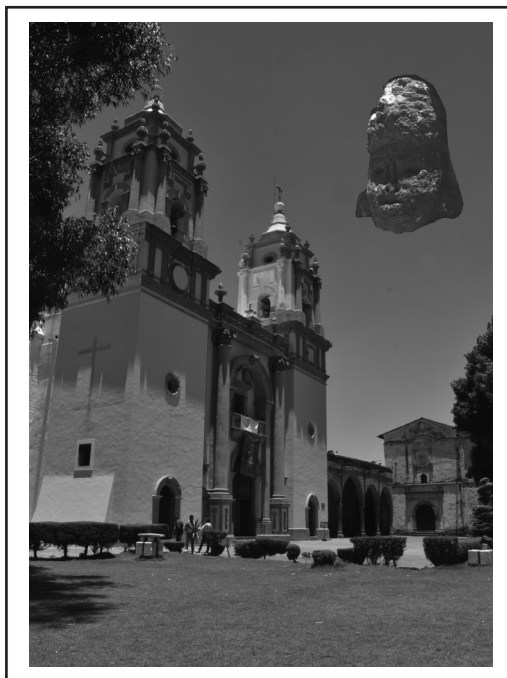
<sup>39</sup>. María Elena Maruri, *Simbolismo acuático y cosmosisión en las prácticas religiosas. Una interpretación del modo de vida lacustre como pervivencia cultural en San Antonio la Isla. Estado de México*. Tesis para optar por el grado de maestría en Antropología Social, México, CIESAS, 2003, p.88. Informante, Graciano Peñalosa.

<sup>40</sup>. Véase Loera, *Memoria...*, *op. cit.*

<sup>41</sup>. Mendiola, *op. cit.*, pp.103-104.

<sup>42</sup>. Véase cita al final del apartado anterior de este ensayo.

indios que constituían la república de indios de Calimaya y Tepemaxalco, a nombre de sus santos patronos. Detrás de ello había una intencionalidad de cuidar el espacio perteneciente a cada poblado y extraer la tierra de la esfera jurídica para evitar su compra por extraños a las localidades.



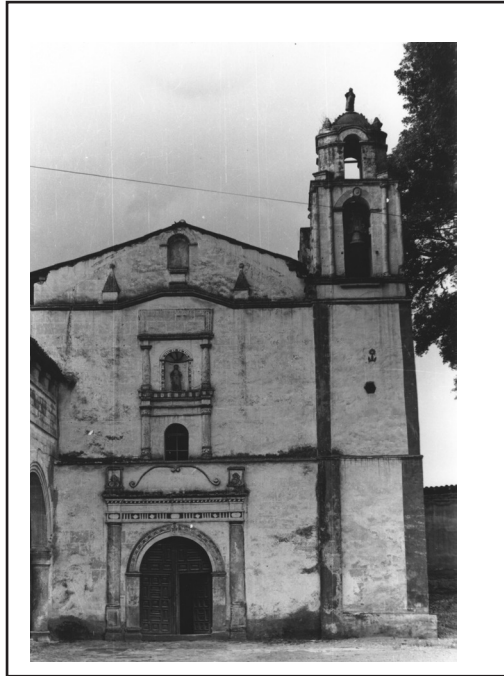
Vista de lo que fue el conjunto conventual de Calimaya: templo, capilla abierta y templo de la tercera orden. En la parte superior de la torre que se localiza en la parte de atrás se puede observar una imagen prehispánica. Es posible que se trate de un cacique indígena quizá el de Calimaya cuya ubicación puede pensarse que estaba hacia la parte del pueblo donde está la actual capilla del barrio de los Angeles. Fotografía de Ramsés Hernández, junio del 2015.



Vista de la capilla abierta que se trata de la construcción virreinal más importante de Calimaya. Está considerada como una de las mejores en el Estado de México y en el país.  
Fotografía de la CNMH-INAH, CLIV-96.



Pila bautismal localizada en el costado derecho de la capilla abierta. Estructura del siglo XVI, en la parte superior puede observarse el cordón franciscano de la orden que evangelizó a Calimaya y Tepemaxalco.  
Fotografía de Ramsés Hernández, junio de 2015.

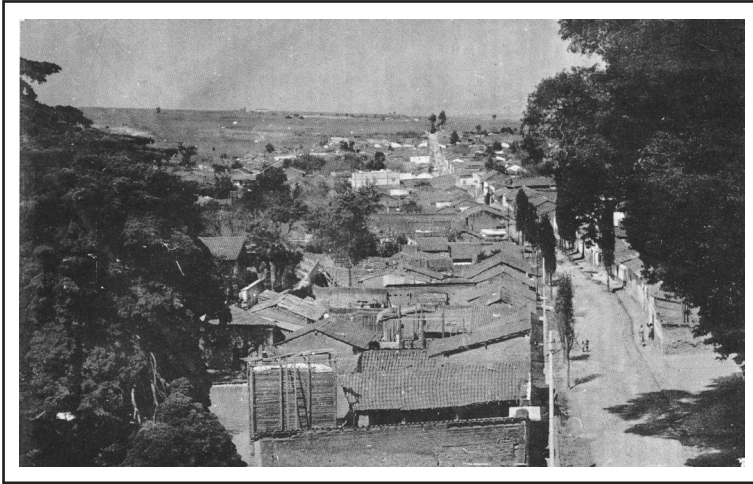


Templo de la Tercera Orden, el primero construido en la localidad.  
Fotografía de la CNMH-INAH, DCCXV-48.



Techumbre en madera o alfarje del Templo de la Tercera Orden. Fotografía de la CNMH-INAH, DCLX-64.

En la cabecera de Calimaya existen además otras capillas de barrio que datan de la primera etapa virreinal; la más antigua es la de la Virgen de Guadalupe, que en el XVI tenía otra advocación; ostenta en su portada nichos y una espadaña. En su interior conserva dos Cristo populares del siglo XVIII. Se hallan además la capilla de San Juan Bautista y la de Nuestra Señora de los Ángeles, que en sus portadas muestran elementos decorativos de factura popular.



Vista de la población tomada desde el Templo del Calvario. Existen muchos indicios históricos que permiten pensar que hacia este lado de la población se encontraba ubicado Tepemaxalco. Fotografía proporcionada por Armando Arriaga. *Monografía de Calimaya*, Gobierno de Estado de México, 1971

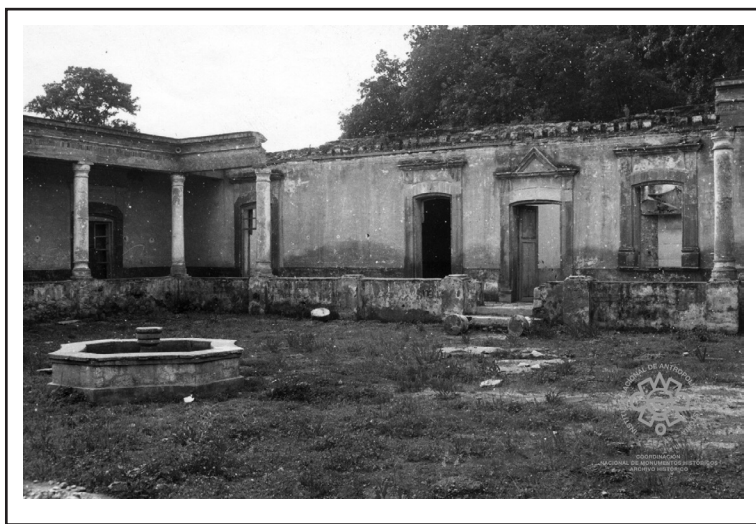
En cuanto a las iglesias del siglo XVI pertenecientes a los pueblos dependientes de la cabecera, sabemos que al momento de la congregación, se reubicaron en el lugar donde hoy están los pueblos de Santa María Nativitas, San Andrés Ocotlán, San Antonio la Isla, Mexicaltzingo y Chapultepec. Se sabe a la vez, que en aquel tiempo existía San Marcos de la Cruz y San Lorenzo Cuauhtenco.<sup>43</sup> Después de reubicarse los pueblos, los franciscanos se dieron a la tarea de dirigir la edificación de sus templos cristianos, unos antes y otros después; pero el siglo XVI se caracterizó por su actividad constructiva. Por eso en cada uno de esos pueblos encontramos una iglesia o capilla con diferentes características arquitectónicas; en algunas de ellas aún se pueden observar elementos valiosos que perduran desde esa época

<sup>43</sup>. Margarita Loera Chávez y Peniche, *Calimaya y Tepemaxalco, Herencia y transmisión hereditaria de la Tierra*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1978, p. 43.



primitiva, aunque la mayor parte fueron afectados por remodelaciones posteriores. Destaca por su belleza la de Santa María Nativitas; de su época original queda su capilla abierta, que ostenta aún en sus arcos el cordón franciscano. Entre las joyas artísticas de su interior hay que anotar la existencia de un Cristo de caña, que por desgracia está en franco deterioro.

A principios del siglo XVII en que empezó a descender el número de indígenas no adoctrinados, la actividad catequizadora de los mendicantes disminuyó. Entonces, en lugar de tanto convento empezaron a aparecer santuarios administrados por el clero secular, se crearon parroquias y se secularizaron algunos conventos. Todos estos acontecimientos cambiaron el rumbo de la Iglesia. Dentro del panorama económico y social se produjeron cambios importantes. Las clases privilegiadas que abrigaban un profundo deseo de grandeza utilizaron a la iglesia para mostrar su poder y riqueza: con su dinero mandaron construir muchos templos y capillas; cada uno de acuerdo con el nivel económico de sus promotores. Fue una época en que la arquitectura religiosa estuvo financiada por seculares.<sup>44</sup>



Esta casa estaba edificada a un costado de la iglesia parroquial. Hay quien piensa que se trataba del convento, sin embargo, por documentos del Archivo Parroquial de Calimaya, sabemos que se trataba de una casa perteneciente a la cofradía de Dolores y era la más costosa que había en la localidad. Las festividades religiosas que esa cofradía organizaba eran especialmente impactantes por su suntuosidad. Fotografía de la CNMH-INAH, sn\_009.

<sup>44</sup>. Lugo, *op. cit.*, p.10.

En Calimaya esos acontecimientos se acompañaron del aumento de la propiedad española,<sup>45</sup> de tal manera que también hubo un legado de esos grupos dominantes en la arquitectura civil. Se inició la construcción de haciendas y ranchos agricultores y ganaderos; entre ellos podemos mencionar: la hacienda de Atenco, la estancia de Chapultepec, los ranchos de Tepemaxalco, Santiago, San Agustín y Zasacuala y la hacienda de Zacango,<sup>46</sup> que entonces ocupaban parte del territorio que abarcaba Calimaya Tepemaxalco y sus poblados sujetos y de visita religiosa. Con esa proliferación de haciendas y ranchos surgió un nuevo tipo de arquitectura, más bien apegada a resolver las necesidades de trabajo. Es decir, construcciones de tipo funcional más que artístico; constaban de la casa del propietario, los depósitos de cosechas, los aljibes, molinos y batanes, las tiendas de abastecimiento de la comunidad, la tienda de raya, la casa de los peones y la capilla. Algunas veces las haciendas y ranchos se encontraban fortificados o cercados y existían algunas rancherías en sus alrededores. Poco es, sin embargo, lo que queda de este género de construcciones en Calimaya; la mayor parte de las que existen de aquel tiempo fueron destruidas o transformadas en fechas posteriores, como la hacienda de Zacango o el rancho del Mesón.

Otro acontecimiento importante del siglo XVII fue la fundación del condado de Santiago Calimaya en 1616.<sup>47</sup> Existe actualmente una construcción en la cabecera municipal que es una portada en piedra labrada, rematada con almenas triangulares que tiene una cruz de piedra en el centro; la tradición afirma que era propiedad de los condes de Calimaya; no existe, sin embargo, ningún documento que lo ratifique y por el contrario los testamentos de los condes de Calimaya demuestran que ellos no tenían propiedad en los cascos de sus pueblos en encomienda, lo que además resulta lógico, dada la prohibición de la ley para que los españoles vivieran en los pueblos indios. En la ciudad de México, en cambio, se encuentra la residencia oficial de los condes, que data del siglo XVIII (1781);<sup>48</sup> ésta constituye una joya arquitectónica de estilo barroco. Hacia 1700 hubo en Calimaya un aumento de población indígena junto con la expansión española de la propiedad territorial; entonces como mecanismo de defensa, como antes anotamos, los indios pusieron sus tierras en manos de sus santos, medida que se acompañó de la construcción de un gran número de santuarios y altares familiares en los que se instalaron imágenes de todo tipo, dando lugar

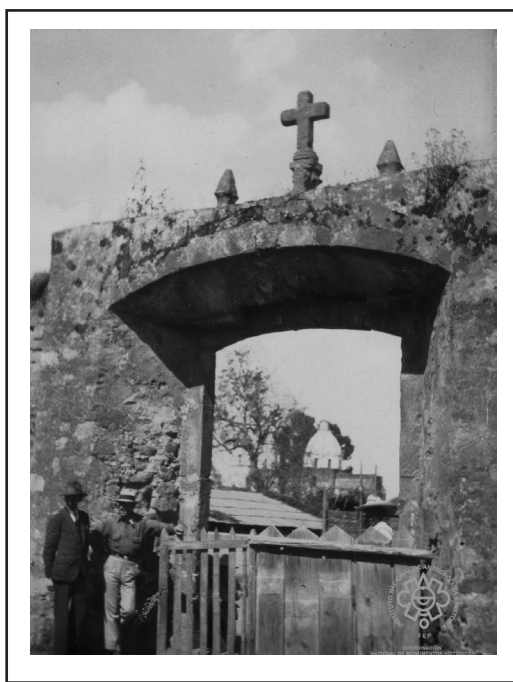
<sup>45</sup>. Margarita Loera Chávez y Peniche, *Calimaya, folleto de identidad municipal*, s/f.

<sup>46</sup>. Loera, *op. cit.*

<sup>47</sup>. *Loc. cit.*

<sup>48</sup>. Ignacio González Polo, *El palacio de los condes de Calimaya*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, p. 9.

al desarrollo de la talla o pintura de imágenes sangradas o de la imaginería popular en Calimaya. Las primeras décadas del último siglo del Virreinato trajeron consigo un gran auge económico en los sectores dominantes. De él derivó un fuerte desarrollo en el campo de la construcción, tanto en el religioso como en el civil. Se construyó una gran cantidad de templos, retablos, imágenes, portadas interiores y exteriores, torres, cúpulas que también aparecieron en casas particulares. Su característica principal fue su gran riqueza decorativa. Recurrían al tallado y al labrado, al empleo del dorado, a los estofados, a los espejos, a los vidrios y a todo tipo de imaginería tanto escultórica como pictórica.

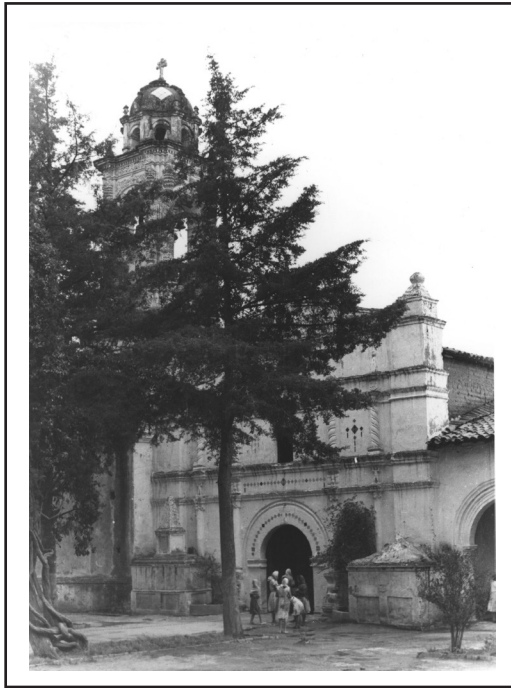


Portada de lo que en la población se cree que fue la casa de los Condes de Calimaya. Según los testamentos de estos últimos (ubicados en la caja fuerte de la Biblioteca Nacional de México. Fondo Calimaya), ellos no tuvieron ninguna casa en Calimaya, pero por documentos del Archivo Parroquial de Calimaya, sabemos que el cacique de Tepemaxalco obsequió en el siglo XVI el terreno para la edificación del templo que después fue de Gualupita, es posible entonces que en el terreno que está a un lado haya estado edificada su casa y que esta se piense que es la que perteneció a los Condes.

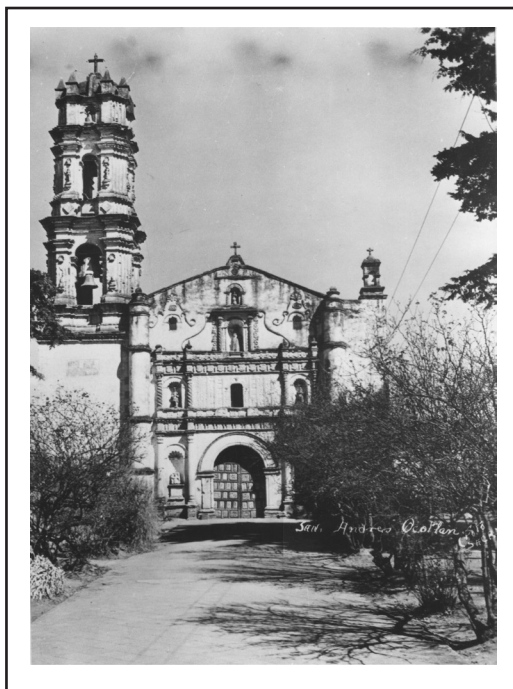
Fotografía de la CNMH-INAH, LXII-023.

En el Valle de Toluca encontramos frecuentemente la modalidad del barroco popular en piedra o en argamasa; en ellas plasmaron todo tipo de composiciones y formas, cubriendo completamente la portada con follajes, flores, grecas, querubines y ángeles.

Ejemplos representativos del barroco popular dentro del municipio de Calimaya son los siguientes: la portada de la iglesia de Santa María Nativitas, que es un bello ejemplar del barroco en argamasa; la capilla de San Andrés Ocotlán, cuya portada ostenta elementos decorativos de esta época como las columnas salomónicas, posiblemente tuvo su reconstrucción a principios del siglo XVIII; la capilla de San Juan Bautista y la de Nuestra Señora de los Ángeles; la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción Coatúpac, que tiene uno de los retablos populares más valiosos de la entidad; la capilla de San Bartolito, en el pueblo del mismo nombre, cuya portada es rica en ornamentación.



Templo de Santa María Nativitas Tarimoro.  
Fotografía de la CNMH-INAH, DCCXV-51.



Templo de San Andrés Ocotlán.  
Fotografía de la CNMH-INAH, CIV-71

Cabe mencionar las construcciones del siglo XIX, entre las que se encuentran la casa de Prisciliano María Díaz González; otra fue reconstruida por Felipe Garduño y la que hoy habita los descendientes de don Ricardo Hernández, quien destacó por su actividad para conservar la historia local.

Las últimas décadas del virreinato dieron pie a un cambio radical en la arquitectura. El abuso y el exceso del barroco fueron rechazados por las nuevas generaciones ilustradas; surgió entonces el estilo neoclásico, cuyas formas tranquilas y reposadas contrastan con la arquitectura anterior.

Entre los intelectuales de aquella época, el estilo neoclásico cobró una enorme importancia y se le identificó como el reflejo de una ideología que comulgaba con la liberación nacional.<sup>49</sup> Sus elementos recuerdan el arte de la antigüedad grecorromana; con él se revivió el gusto por la pureza de las

<sup>49</sup> Álvaro Matute, *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Lecturas Universitarias núm. 12, México, 1993, p. 33.

formas, apoyándose en los cánones clásico.<sup>50</sup> Era en realidad el reflejo de una concepción más laica de la vida, que deriva del pensamiento ilustrado; de aquí que tal corriente fue apoyada por la Real Academia de San Carlos, cuya fundación en 1781 se debió precisamente a esa apertura de pensamiento.<sup>51</sup>

En realidad, la aparición del arte neoclásico levantó una polémica que con el tiempo adquirió un carácter político, uniéndose a la ideología del movimiento de Independencia de 1810. Desgraciadamente por lo acalorado del momento en que surgió, quedaron condenadas a la destrucción muchas obras de arte barroco: portadas, iglesias, mansiones, retablos, imágenes escultóricas, pinturas, muebles, artes menores. Con su aparición se suspendió oficialmente la representación de los autos sacramentales y la elaboración de madera dorada y policromada.<sup>52</sup> Inclusive en las casas pastorales de la época, los propios obispos recomendaban a los sacerdotes remodelar los interiores de sus iglesias.<sup>53</sup>

Tenemos como ejemplos del neoclásico en Calimaya las siguientes construcciones: la portada del templo del convento franciscano de San Pedro y San Pablo, que fue reconstruida durante el siglo XIX, y la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles. En arquitectura civil quedan varias casas habitación en la cabecera: el molino de Santa Rosa y el rancho del Mesón.

---

<sup>50</sup> Xavier Moysén Echeverría, "El arte neoclásico", en *Cuarenta siglos de plástica mexicana. Vol. 2: Arte colonial*, México Editorial Herrero, 1979, p. 331.

<sup>51</sup> Lugo, *op. cit.*, p. 329.

<sup>52</sup> Moysén, *op. cit.*, p. 329.

<sup>53</sup> *Ibidem*.



Templo parroquial de Calimaya. Portada Neoclásica.  
Fotografía de la CNMH-INAH, DCCXV-56

Las formas implantadas por el neoclásico prevalecieron durante el resto del siglo XIX y dieron origen al surgimiento del folclorismo y nacionalismo en el arte mexicano. En el municipio la última etapa de dicha centuria se distinguió por su bonanza económica, que derivó de la actividad comercial y la arriería. Como consecuencia, en aquellos años hubo un desarrollo constructivo, sobre todo en la cabecera municipal. Las fachadas de las casas de la calle principal fueron en su gran mayoría remodeladas en esos años; el viejo palacio municipal, las tiendas que hay en varias esquinas y los restos de la estación del ferrocarril, ponen hoy de manifiesto lo que ocurrió en Calimaya a finales del siglo anterior. En cambio las casas típicas de la población campesina de escasos recursos eran construidas con adobe y techos de tejamanil; en general sabemos de ellas por las fotografías que nos indican que en la primera mitad del siglo XX era todavía común verlas sobre todo en las orillas de la población.



Calle Independencia de Calimaya. Fotografía proporcionada por Armando Arriaga, posiblemente Colección de Alfonso Sánchez, "El Profesor Mosquito".

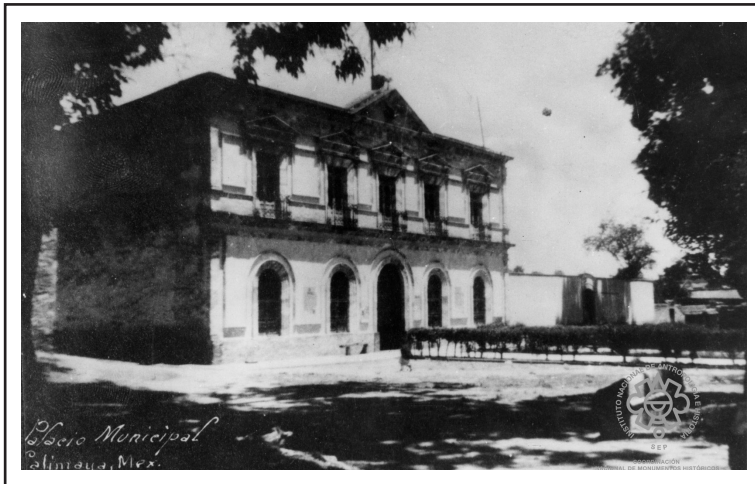


Calle de Calimaya en 1907.  
Fotografía proporcionada por Armando Arriaga.

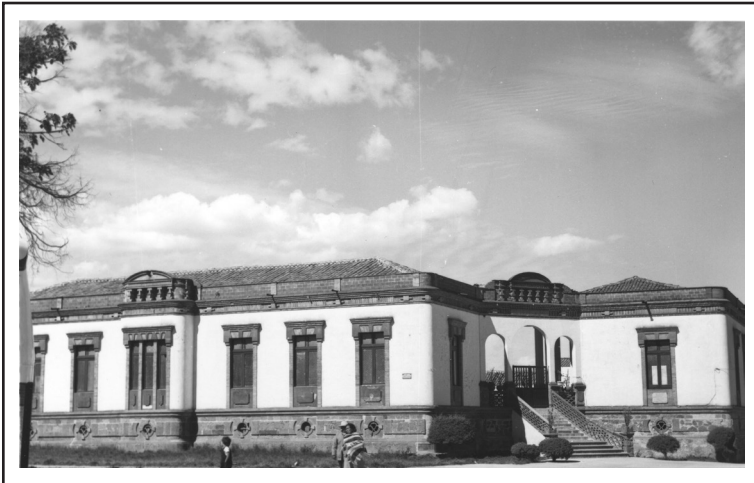




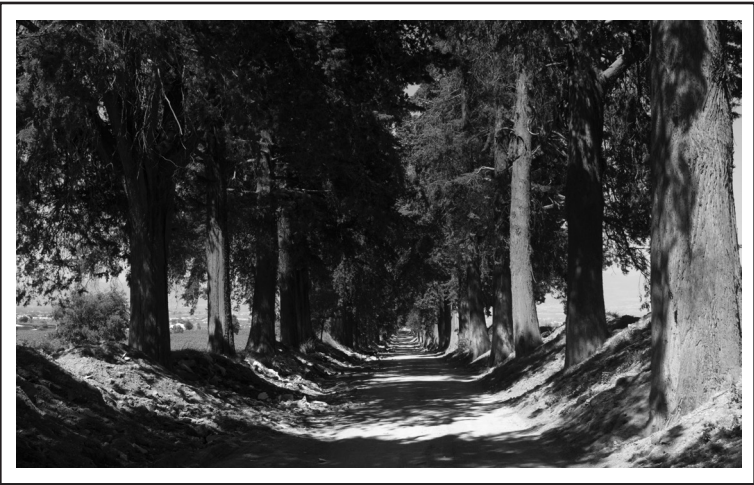
Jardín de Calimaya.  
Fotografía proporcionada por Armando Arriaga.



Antiguo Palacio Municipal.  
Fotografía de la CNMH-INAH, DCLXXX-44



Actualmente Casa de la Cultura, antes kínder municipal. Construida a principios del siglo XX.  
Fotografía de la CNMH-INAH, MCCLXIX-66.



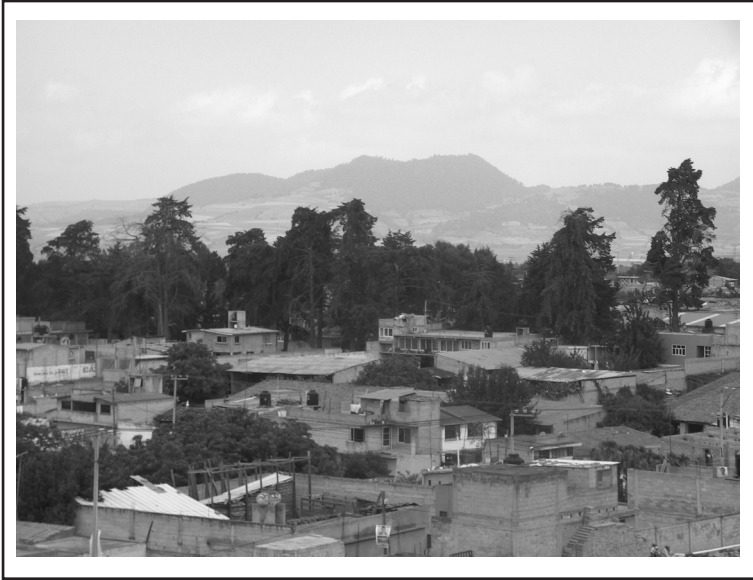
Calzada que conduce hacia la antigua estación del ferrocarril.  
Fotografía de Ramsés Hernández, junio de 2015.



Fotografía de Ramsés Hernández, junio de 2015.



Aquí podemos observar una de las casas ubicadas en la calles principal (arriba) y lo que fue la casa campesina que se localizaba generalmente cerca de las milpas y solares (abajo).  
Fotografía proporcionada por la comunidad de Calimaya.



En la actualidad el tabicón es de uso común para la construcción en Calimaya. Con ello se ha perdido parte de identidad que caracterizó al poblado.  
Fotografía proporcionada por Armando Arriaga.

Como conclusión podemos decir, que es innegable que la voz que arroja la lectura de la arquitectura, es parte esencial de esa visión microhistórica en la que los habitantes de los pueblos trabajan a diario, pero que jamás se le podría interpretar sin atender a la macroestructura de la que los poblados son parte activa y funcional.

BIBLIOGRAFÍA

**Álvarez Noguera, José Rogelio.**

(1981) *El Patrimonio Cultural del Estado de México*, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, México.

**Benavente o Motolinía, Fray Toribio de.**

(1971) *Historia de los Indios de la Nueva España*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

**Berger, John.**

(2006) *Puerta tierra*, Alfaguara, España.

**Broda, Johanna. Stanislaw Iwaniszewki y Lucrecia Maupome (coords.)**

(1991) *Arqueoastronomía y Etnoastronomía en Mesoamérica*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

**Catálogo Nacional de Monumentos Históricos del Estado de México.**

(1987) Tomo 1. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Gobierno del Estado de México, México.

**Florescano, Enrique.**

(1987) “Memoria Mexicana. Ensayo sobre la reconstrucción del pasado: época prehispánica-1821”, Contrapuntos, México.

**González y González, Luis.**

(1973) *Invitación a la Microhistoria*, Secretaría de Educación Pública, México.

**González Polo, Ignacio.**

(1973) *El palacio de los condes de Calimaya*, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

**Kubler, George.**

(1975) *La Arquitectura mexicana del siglo xvi*, Biblioteca de la Corporación Universitaria, A. C., México.

**Lockhart, James.**

- (1976) “Capital and Province, Spaniard and Indian: The example of Late Sixteenth-Century”, en Altman, Ida y James Lockhart (eds.), *Provinces of Early Mexico; Variants of Spanish American Regional Evolution*, University of California, Los Angeles, United State.

**Loera Chávez y Peniche, Margarita.**

- (1978) Calimaya y Tepemaxalco, Herencia y transmisión hereditaria de la tierra, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

**Loera Chávez y Peniche, Margarita.**

- (s/f) Calimaya, folleto de identidad municipal.

**Loera Chávez y Peniche, Margarita.**

- (1994) Murmullos de antiguos muros, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Instituto Mexiquense de Cultura, México.

**Loera Chávez y Peniche, Margarita.**

- (2005) Memoria India en Templos Cristianos, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes e Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

**Loera Chávez y Peniche, Margarita.**

- (2011) La sierra Nevada de Calimaya. Sus tiempos y espacios, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

**Maruri, María Elena.**

- (2003) Simbolismo acuático y cosmovisión en las prácticas religiosas. Una interpretación del modo de vida lacustre como pervivencia cultural en San Antonio la Isla. Estado de México, tesis para optar por el grado de maestría en Antropología Social, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.

**Matute, Álvaro.**

- (1993) México en el siglo xix. Antología de fuentes e interpretaciones históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, *Lecturas Universitarias* núm. 12, México.

**McAndrew, John.**

- (1965) The open air churches of sixteenth century, Mexico, Harvard University Press, Massachusetts.

**Mendiola Quezada, Vicente.**

- (1982) Arquitectura del Estado de México, Siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, México.  
(1971) Monografía de Calimaya, Gobierno de Estado de México, México.

**Moreno Villa, José.**

- (1942) La Escultura Colonial Mexicana, El Colegio de México.

**Moysén Echeverría, Xavier.**

- (1979) “El arte neoclásico”, en Cuarenta siglos de plástica mexicana. Vol. 2: Arte colonial, Editorial Herrero, México.

**Musset, Alain.**

- (1988) “El acueducto de Zempoala: las respuestas de Fray Francisco de Tembleque”, Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos, número 19, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, pp. 81-96.

**Reyes Valerio, Constantino.**

- (1989) El pintor de conventos, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

**Reyes Valerio, Constantino**

- (1989) Arte Indocristiano. Escultura del siglo XVI, Instituto Nacional de Antropología e Historia México.

**Rojas, Teresa (et al.)**

- (1974) Nuevas noticias sobre las obras hidráulicas prehispánicas y coloniales del Valle de México, Secretaría de Educación Pública e Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

**Serna, Jacinto de la.**

- (1892) Supersticiones, dioses, ritos, hechicerías y otras costumbres gentílicas de las razas aborígenes de México, Imprenta del Museo Nacional, México.

**Vargas Lugo, Elisa.**

(1986) Las portadas religiosas en México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

**Wake, Eleanor.**

(2000) “El altépetl cristiano: percepción indígena de las iglesias de México, siglo xvi”, en Vega Sosa, Constanza (coord.), Códices y documentos sobre México, siglo xvi, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, pp. 467-484.







FRAGMENTOS DE HISTORIA DESDE LA ARQUITECTURA.  
(CALIMAYA, ESTADO DE MÉXICO, EN EL VOLCÁN XINANTÉCATL)  
Se terminó de imprimir en mayo de 2017, en los talleres  
Desarrollo Gráfico Editorial. Avenida Municipio libre # 175.

México, D. F.

Se compuso en tipos Baskerville de,  
10.5, 9.5 y 8.5 puntos y Century Gothic de 8 puntos,  
se imprimió en papel Bond ahuesado de 90 g.  
600 ejemplares